

## 20240922. XXV Sunday in Ordinary Time. Who is the greatest?

Lo primero que se me viene a la mente al escuchar el evangelio de hoy, es el gran contraste entre Jesús y los discípulos. Por un lado, Jesús los está preparando para que comprendan el sacrificio de sufrimiento al que será sujeto, mientras ellos están preocupados por quien es el más grande entre ellos.

Jesús comprendió que no habían entendido el mensaje y debía tener una charla con ellos... si los discípulos debían aprender algo de Jesús, ellos no deberían estar preocupados por quien es el más grande de todos, pero más bien quien es capaz de imitarlo en su actitud de servicio desinteresado.

Es difícil comprender la grandeza de Dios cuando la queremos ver a simple vista. Dios es más grande de lo que nosotros nos podamos imaginar. Es difícil imaginar al reino de Dios cuando lo único que conocemos es el mundo en el que vivimos. Para nosotros, la grandeza de Dios no puede medirse. Sería más fácil para nosotros, si aprendemos a encontrarlo en las cosas y lugares que menos esperamos. Nuestra única esperanza es que nuestra habilidad de comprender a Dios crezca de la misma manera en la que lo vamos conociendo.

Quisiera compartir con ustedes una historia contada por el padre Gregory Boyle. El padre Gregory estaba en un centro de detención juvenil cerca de Los Ángeles, alistándose para celebrar la primera comunión de un grupo de jóvenes detenidos por delincuencia. Rigo es un joven de 15 años que está listo para hacer su primera comunión. La misa para la primera comunión se celebraría en la cancha de básquetbol de la cárcel y un grupo de voluntarios había conseguido una camisa blanca y una corbata negra para Rigo y otros muchachos.

Unos 15 minutos antes de la misa, el padre Greg se acercó y sentó cerca de Rigo para hacer algo de plática y conocer un poco más acerca de él y su familia. El padre le preguntó acerca de su papá... ¡Oh! Dijo Rigo, él es un adicto a la heroína, y la verdad es que nunca ha estado en mi vida. Él me pegaba mucho. De hecho, él está en prisión ahora mismo, pero en realidad, nunca vivió con nosotros.

De repente, algo se le vino a la mente y su rostro cambió. Una imagen mental cambió su aspecto... “Yo creo que yo estaba como en cuarto grado” Rigo empezó. “Yo llegué a la casa. Me metí en algún problema en la escuela y me mandaron a la casa a medio día. La verdad, ni siquiera me acuerdo porque me expulsaron. Cuando llegué a la casa, mi papá estaba ahí, el casi nunca estaba, pero ese día, ahí estaba él. Cuando me vio me dijo: “¿Por qué te mandaron a la casa?” Y porque él siempre me pegaba le pregunté, si te digo, ¿me prometes que no me vas a pegar? Él me contestó “yo soy tu papá, ¿Cómo crees que te voy a hacer daño?” entonces le platicué...

En ese momento, Rigo no se aguantó y empezó a llorar, y se mecía inconsolable de un lado para otro. El padre Greg lo tomó entre sus brazos, y cuando Rigo finalmente pudo hablar otra vez, dijo “mi papá me pegó... me pegó con un tubo... con un tubo...”

Cuando Rigo se recuperó de sus emociones, el Padre Greg le preguntó, “¿y tu mamá?” Rigo apuntó hacia una esquina a distancia de donde ellos estaban, una pequeña mujer estaba parada en la entrada a la cancha de básquetbol. “Es ella, la que está allá” dijo Rigo; no hay nadie como ella.

Una vez más, a Rigo se le vino a la mente una imagen, hizo una pausa emocional y dijo: “llevo encerrado más de un año y medio. Ella viene a verme cada fin de semana. Sabes cuántos autobuses toma cada domingo --- nada más para venir a verme? De repente, a Rigo se le salen las lágrimas, solloza tan fuerte como antes y dice: ¡ella toma... siete... siete autobuses! ¡Imagínese!

¿Como es posible imaginar el corazón tan grande de este Dios tan grandioso que toma siete autobuses solamente para estar cerca de nosotros? A veces, buscamos a Dios en cosas tan grandes para nosotros, y que para Dios no significan nada. Debemos aprender a buscar a Dios en las cosas que parecen diminutas, pero que nos acercan íntimamente a Él.

El amor de Dios es inmensurablemente mucho más grande de lo que nuestra imaginación pudiera concebir. Este anhelo de Dios de darnos paz, seguridad, y una sensación de bienestar, sólo espera nuestra voluntad de dar nuestra parte, abrir nuestros corazones para poder entender la grandeza de ese amor tan grande que Dios tiene para nosotros.

Hermanos y hermanas, Jesús no quiere que nosotros, sus discípulos, pensemos que debemos ser menos o insignificantes. Más bien, Jesús nos invita a pensar menos en nosotros mismos. Esta actitud nos ayudará a ser más sensibles a las necesidades de los demás. La gracia, la grandeza, llega cuando podemos llevar el amor de Dios a los demás. El padre Greg y la mamá de Rigo son grandes ejemplos de eso.

Ser un gran cristiano significa ser un gran seguidor de Jesús y un gran servidor. Jesús siguió la voluntad del Padre a la perfección extrema para poder servir por el perdón de nuestros pecados. Jesús no ha sido nada más que servicio para nosotros.

Por supuesto, su servicio comienza en la creación. Como dice el credo, “...por medio de Él fueron hechas todas las cosas. Por nosotros los hombres, y por nuestra salvación, bajó del cielo... y se hizo hombre”. El Hijo de Dios se humilló para compartir su divinidad con nuestra humanidad. Vivió su ministerio público enseñando, sanando, expulsando demonios y aceptando el rechazo y el abuso como parte de su servicio por nuestra salvación.

La palabra clave en todo esto es “humildad”. Dios es Dios, y no tiene por qué hacer nada parecido, salvo que lo ha elegido por el gran amor que nos tiene. Ésta es una gran lección que debemos aprender.

Su obra de servicio continúa hasta hoy a través de su presencia entre nosotros, especialmente su presencia en la Eucaristía, a través de la cual nos da su cuerpo y su sangre para que sean nuestro alimento para la vida eterna. Agradecemos a Dios por enviar a su Hijo Único, y por todo lo que ha hecho por nosotros. En nuestras oraciones, pidamos que aprendamos de su infinita misericordia y de su ejemplo de servicio a los demás.

En la Eucaristía, Jesús nos da la fuerza para servir y llevar el amor de Dios a quienes más lo necesitan; no importa si tenemos que tomar siete autobuses para llegar allí.

Sb 2,12.17-20,      Sl 54,3-4.5.6 y 8,      St 3,16-4,3      Mc 9,30-37